

30º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MARCOS 10,46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:

- Hijo de David, ten compasión de mí.

Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más:

- Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo:

- Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole:

- Ánimo, levántate que te llama.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo:

- ¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

- Maestro, que pueda ver.

Jesús le dijo

- Anda, tu fe te ha curado.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

MENDIGOS DE DIOS

Estamos ante el último signo de Jesús antes de su Pasión. Está ya cerca de Jerusalén, ciudad en la que será crucificado. Quiere dejar este último milagro antes de revestirse voluntariamente con la debilidad de la Pasión, porque está convencido de que **«un mundo que da culto a la injusticia y a la fuerza bruta sólo puede ser vencido con la debilidad y la derrota humanas»**.

Las curaciones de ciegos tenían un sentido especial en las tradiciones antiguas. Entonces las enfermedades oculares tenían pocas perspectivas de curación y el destino de estos enfermos era muy duro. Por lo general, no les quedaba otra salida que la **«mendicidad»**, formando parte de los excluidos sociales de la época. A ello se les sumaba la **«angustia interior»** por tal situación. **«Era una vida en constantes tinieblas»**.

Al borde del camino, tirado en la cuneta, **«Bartimeo es el símbolo de esta marginación»**. Sin embargo, **«él no se resigna»**, sigue intentando superar su situación a pesar de la oposición de la gente. El Papa Francisco dice de él que es **«el más simpático de los personajes del Evangelio»**.

Bartimeo no ve, no sabe si Jesús está cerca o lejos, no lo oye, solo lo percibe entre la multitud que se acerca. Está completamente solo, sin que a nadie le importe su situación. ¿Y qué hace Bartimeo? **«Grita y grita y sigue gritando»**. Usa la única arma en su poder: la voz. Comienza a gritar: **«Hijo de David ten piedad de mí»**. Reconoce a Jesús como Mesías, como enviado de Dios. Es toda una **«profesión de fe»** lo que surge de la boca de aquel hombre despreciado por todos. Y **«Jesús escucha su grito»**.

La **«oración de Bartimeo toca el corazón de Dios»** y se abren para él las puertas de la salvación. **«Jesús lo llama»**. Él se pone de pie de un salto y aquellos que previamente le dijeron que se callara le conducen a Jesús. Jesús le habla, **«le pide que exprese su deseo»** y su grito se convierte en una solicitud: **«¿Que pueda ver de nuevo, Señor!»**

Una de las razones que se interponen ante nuestra felicidad, que nos impide encontrar nuestro camino en la vida, es «no reconocer» nuestra ceguera, hasta qué punto «estamos ciegos para la vida». Es cierto que son muchas las cosas que nos distraen y que nos dificultan que nos demos cuenta de «lo esencial», que lo esencial es ser conscientes de que «es Dios quien lleva las riendas» de nuestra vida y es a Él y únicamente a Él, a quién tenemos la posibilidad de gritarle, de pedirle, de hablarle... Y, sin embargo, eso tan esencial, que no está a la vista, pero está, es lo que «debemos buscar y descubrir».

El mundo exterior exige nuestra atención mientras que Dios se dirige a nosotros desde «nuestro interior», desde nuestro ser más profundo y auténtico. Ciegos por la lluvia de tantos «objetos», olvidamos fácilmente que éstos «no sirven» para las verdaderas necesidades de las personas. Renunciar a buscar lo esencial de la vida es quedarse fuera del pleno conocimiento y «privarse de una vida en plenitud», acorde a los designios de Dios.

Dice el Papa que, como Bartimeo, «la fe es tener dos manos alzadas y una voz que grita para implorar el don de la salvación». Y, además, «ser humildes», porque la humildad es el «fundamento de cualquier oración». Y la humildad surge de reconocer nuestra precariedad, nuestra debilidad, «nuestra continua sed de Dios».

Bartimeo es, pues, nuestro personaje, ciego como nosotros, perseveró en su búsqueda hasta el final y «consiguió lo que quería». Más fuerte que cualquier argumento contrario, que cualquier reclamo del mundo, en el corazón humano hay una voz que grita, que implora, que ora.

«Todos tenemos esa voz dentro», una voz que sale espontánea, sin que nadie lo ordene, «una voz» que nos interpela por el sentido de nuestra vida, aquí, y que cuando atravesamos por momentos de oscuridad grita: «¡Jesús, ten piedad de mí! ¡Jesús, ten piedad de mí!» Es nuestra oración. Y es que como dice el Papa Francisco, somos «mendigos de Dios».

Hoy celebramos el «día del Domund». Son muchos los Bartimeos de este mundo que «nos gritan pidiendo ayuda», algunos, incluso, muy cerca de nosotros. Jesús no tiene manos, tampoco pies, ni tan siquiera labios. Jesús no tiene medios, solo nos tiene a nosotros. «Nosotros somos sus manos, sus pies, sus labios», solo nosotros podemos ser «su

Evangelio», el único Evangelio que la gente podrá leer «si nuestras vidas son obras y palabras como las suyas».

Hoy Jesús nos necesita como «mensajeros e instrumentos de la compasión de Dios». Y vivir esta misión es aventurarse a desarrollar los «mismos sentimientos de Cristo Jesús» y creer, con Él, que quien está a mi lado es también «mi hermano y mi hermana». Y obrar en consecuencia. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
24 de octubre de 2021

